

pero se alcanzará en cinco años o más.

Eso es lo que la revolución ha hecho por el campesino; la situación del obrero industrial ha mejorado notablemente y se discute un Código de Trabajo avanzado, pero sensato que contiene, este sí, la experiencia de otros países, cuajada en la legislación obrera de los últimos años.

De este modo responde el Gobierno de la revolución a las esperanzas que el pueblo puso en ella y rara vez se ve en nuestros países que los hombres elevados en nombre de ciertos principios democráticos rotundos, los cumplan al llegar al poder; tal consecuencia política es tan rara que con razón asombra a los vecinos que la miran con cierto estupor!

Las reformas netamente democráticas de esta administración han herido intereses de antiguo establecido. Es absolutamente necesario, al considerar este punto, detenerse en un hecho formidable y que lo domina todo: en una población de 16 millones de habitantes, entre los cuales 12 millones son indios, los intereses de la minoría privaron mientras no hubo sufragio popular efectivo; al iniciarse éste, la mayoría aplastante tenía que imponerse y de modo fundamental, arrolladora. En otras partes, en Chile, por ejemplo, la aristocracia y la clase media reunidas acaso puedan equilibrar numéricamente sus fuerzas con las del pueblo; y por lo tanto su criterio pueda sobreponerse por muchos años a las peticiones radicales de la masa trabajadora. En México no y, o se acepta el resultado presente que emana recto del régimen republicano que los países de origen español eligieron por tipo, o se cambia el régimen, cosa ya imposible en nuestro tiempo! No queda, pues, sino aceptar los sucesos que lógicamente han acaecido por este desequilibrio enorme que hay entre las tres clases.

En cuanto a la reforma educacional que verifica esta administración, es ella de tal trascendencia, realiza una síntesis tan admirable de las mejores ideas pedagógicas que dominan hoy en el mundo, que no ha podido menos que imponerse a la admiración del Continente. Lo que se destaca más vigorosamente en ella es su esfuerzo en favor de la enseñanza del indio, la preponderancia de la educación primaria sobre la universitaria y la índole radicalmente práctica con la que se busca hacer de México una nación industrial de primer orden. Así se podría detener, con la invasión económica, la invasión política. El movimiento educacional en México, el esfuerzo de cultura estupendo que significa un presupuesto aumentado en siete o diez

veces, superior al de guerra, son cosas que hacen volverse con respeto a la Argentina, Brasil y Centro América, hacia el calumniado país en el que sólo se quería ver una especie de histerismo político, sin el sentido social y hondamente humano que toma en la agitación revolucionaria. Ojalá todos los pueblos se impusieran al respeto de los demás con una obra semejante; ojalá para la clasificación de valores de las naciones, una labor educacional de esta magnitud fuese más tomada en cuenta que el tonelaje de las naves de guerra.

Si este Presidente como lo diremos más adelante, no asiste a todas las reuniones diplomáticas, se le ve en cambio en cada inauguración de escuela, en cada acto cultural de importancia. Edificios escolares espléndidos se levantan en la capital y en los estados y serán la huella tangible de una *administración creadora* y de un Jefe al que podrá llamarse como a Sarmiento *Presidente civilizador*. Esto por sí solo destruirá las leyendas del militarismo de México, país que ni siquiera tiene servicio militar obligatorio.

Después de la cuestión agraria viene la cuestión del petróleo en la crítica amarga que se hace del Gobierno del Presidente Obregón.

La política económica de este régimen no es ni más ni menos nacionalista que la de Estados Unidos. Acaba la nación del Norte de dictar leyes tan rigurosas que llegan a aparecer prohibitivas, respecto a los industriales extranjeros. Desde los primeros años de su independencia, los Estados Unidos se trazaron una línea de proteccionismo industrial. México no hizo otro tanto en su primer siglo de vida libre, y el Gobierno del General Díaz, quizás por alentar la inversión de capitales extraños, fué lejos en sus franquicias. Hay que pensar también que la riqueza del petróleo no venía aún y que en torno de ella gira la serie de incidentes ingratos y trágicos en parte que se han suscitado desde que los pozos petroleros fueron descubiertos. Las dificultades con Estados Unidos se hacen agudas desde el nacimiento de tal industria en México. Se han agravado, como es natural, por los antecedentes dolorosos del odio justo que la guerra de Texas dejó en la lacerada nación mexicana hacia aquel país que, tras de una lucha breve, se anexó un tercio del territorio en medio del silencio cobarde de los otros países y con la sencillez con que se anexan cien kilómetros cuadrados!

Este Gobierno ha declarado la nacionalización del subsuelo en medio del escándalo de las Compañías Petroleras. Es cuestión vital para México,

que hoy saca esa industria casi todo el presupuesto nacional. *Un pueblo tiene perfecto derecho a defender las cosas que han pasado a ser la fuente misma de su vida económica.*

La mejor prueba de que estas leyes no son exageradas es el hecho de que las compañías acaban de repartir dividendos enormes, casi fabulosos entre sus accionistas. Una mayor prosperidad de estas empresas ya significaría la entrega de la riqueza mexicana, y por la tanto, una ignorancia absoluta y torpe del criterio proteccionista que rige hoy en todos los países después de la gran guerra.

El Presidente habla sobre el conflicto de Estados Unidos y México sin una palabra de odio, pero con gran sentido, no sólo de dignidad nacional sino racial. El ve claramente que el quebrantamiento de su país ante la acción económica de Estados Unidos, que ya se ha consumado en la América Central y en las Antillas, sería fatal para los países del Sur. Esta actitud del Gobierno mexicano no puede ser apreciada todavía en toda su significación; cuando los países hermanos puedan mirarla nítidamente, en años más, sabrán ser justicieros hacia México y corresponderán con juicios diferentes de los que hoy tienen al fuerte y digno hermano.

El Hispanoamericanismo del Presidente Obregón es sincero. Colaboran en su administración hombres de todos nuestros países y especialmente de los de Centro América. Al hablar de hispanoamericanismo del Presidente me va citando uno a uno los nombres de los propagandistas de significación que tiene esta campaña con perfecto conocimiento de sus obras, desde Rodó a Manuel Ugarte y Blanco Fombona. El sentido práctico que es otra de las características suyas, le descubre a la doctrina su calidad de fruto de larga madurez. Las dolorosas experiencias que México ha recibido luchando solo, están en él muy vivas, pero es este un hombre de una inteligencia llena de nobleza, capaz de mirar hacia el futuro saltando las marañas del presente.

En su vida privada el Presidente Obregón es un hombre de claras virtudes morales, de sobriedad ejemplar. Vive con sencillez extrema, no en el castillo de Chapultepec propiamente dicho, sino en una casa anexa. Por el trabajo inmenso que significa la reconstrucción de un país de dilatadísimo territorio y dirigiendo él la labor de cada una de las Secretarías de Estado, se ha eximido casi de la vida social. Pertenece a esas nobles gentes de provincia de situación holgada, pero cuya sensatez las aleja de osten-